EL ECO DE OCCIDENTE.

PERIÓDICO DE CIENCIAS, LITERATURA Y BELLAS ARTES.

Núm. 8. *Domingo 19 de Setiembre de 1852.* *Año 1.°*

RECUERDOS RELIGIOSOS.

PASADO algun tiempo, las murallas de Acci, fundadas segun los ritos etrurianos, sobre el surco marcado por una vaca y un toro nuevos, se hallaban coronados por una muchedumbre ansiosa, pero contenida por el respeto.

El estandarte pátrio ondeaba con majestuosidad rodeado por las poderosas águilas romanas, y todo el pueblo esperaba á los fautores de aquel singular prodigio, que tan misteriosamente habia conmovido á la predilecta colonia de la Bética.

Enmedio de aquella curiosidad que hacia latir los corazones, se alzó la voz de los sacerdotes de Júpiter anunciando una calamidad terrible contra los sacrílegos moradores, que sin consultar la voluntad de los antiguos dioses, habian intentado ofrecer sacrificios á potestades desconocidas.

—Por esto, decian, habian enmudecido los oráculos; las estátuas de Venus y Minerva yacian truncadas de sus pedestales y despedazadas sobre el pavimento; habíase apagado el fuego sagrado de Vesta, y todo demostraba la ira de los inmortales.

Y como la voz del sacerdote rara vez deja de tocar los corazones, se dividió el pueblo en bandos, entrando la duda y la confusion.

—Que pase el Augur á su tabernáculo, gritaba la muchedumbre, y nos manifieste la voluntad divina.

En efecto, salió el Augur acompañado de uno de los sacerdotes, á una tienda colocada fuera de las murallas, y desde allí dejó volar á las aves, escuchó su canto y observó el apetito de los polluelos. Pasado un rato abandonó su puesto y gritó:

—Parece que hay silencio.

Fórmula que denotaba augurio favorable.

Así fué como obedeciendo acaso la voluntad del cielo, los *praepetes* y los *osanes* habian manifestado el agrado de Dios, bajo la apariencia de su *instinto*.

La animosidad de los sacerdotes gentiles se ahogó entre sus propias maquinaciones; murmuraron en silencio, y como que oyeron aquella fatídica voz que amedrentó á Roma y Jerusalen, diciendo=Los DIOSES SE VAN DE AQUÍ.

Con todo, guardaron su enojo para mejor ocasion, porque contaban con numerosos partidarios.

El sol suspendido sobre su ocaso brillaba aun con la plenitud de su luz, cuando se presentaron ante la ciudad San Torcuato y sus compañeros, rodeados de su servidumbre y de los patricios que con ellos quedaron para hacerles cortejo en su entrada triunfal.

Siete ancianos vestidos con los ornamentos que recibieran de Roma de las manos de San Pedro, llenos de aquel ardor que imprimió en sus espíritus la voz del *Hijo del Trueno*, y bañados de aquella claridad que distingue al hombre celestial del mundano, se dirigian á Guadix conversando con amabilidad, y captándose los corazones.

Un silencio profundo reinaba en la muchedumbre, que fué roto únicamente para victorear á los predicadores del Evangelio. Las puertas giraron sobres sus gonces y la mano de Torcuato se levantó para bendecir á los accitanos, que postrados por un prestigio desconocido, recibieron la primera recompensa de su fé.

En aquel momento de entusiasmo no hubo corazon que no palpitase de júbilo.

Pero por desgracia, como duran poco estos momentos supremos, calmóse gran parte de la multitud, y solo reprodujo su pasmo á la vista de sorprendentes maravillas.

Vieron los ciegos, hablaron los párvulos, sanaron los enfermos al contacto de los santos. Se reproducian los milagros del Señor en la Palestina.

La marcha triunfal de Torcuato y sus compañeros fué detenida de improviso: dirigíase hácia ellos una legacia numerosa, á la que dejó paso la muchedumbre.

Eran los sirvientes de Luparia que venian á rogar á los santos obispos se dignasen pasar al lujoso palacio de la senatriz romana.

Otorgada la peticion formaron parte del acompañamiento y se constituyeron en *luceres* de aquellos nuevos señores que mandaban con la vista y se hacian obedecer por su mansedumbre.

Ya lo hemos indicado. Se sostiene como probable que bajo el nombre de Acci habia dos poblaciones distintas que formaban la colonia gemela de los romanos; la una asentada á la márgen del

rio que equivocadamente han dicho llamarse de la *vida*, por la poética imaginacion de los árabes, y la otra cerca de un cerro que ha conservado tradicionalmente el nombre de *Guadix el viejo*, en el que se situa una finca perteneciente al almirantazgo de Aragon, titulada el cortijo de Lopera (1) con una capilla (2) donde es fama recibió el bautismo la noble senatriz.

Varias dificultades se han ofrecido á los críticos para admitir la posicion verdadera de Acci, ya en las márjenes del Fardes, ya en las orillas del de Guadix; apoyándose en que ni uno ni otro rio arrastran suficiente caudal de aguas para merecer un puente de admirable grandeza, cual el que figura en la historia de San Torcuato.

El autor de estos artículos, léjos de sondear esta cuestion encerrada en la oscuridad del tiempo, aunque ilustrada por sabios respetables, hará observar solamente que tanto uno como otro rio sufren considerables sangrias desde sus respectivos nacimientos para fertilizar los inmensos terrenos que en la actualidad se cultivan, los cuales fueron estensos montes y lozanos prados.

Esto así, en vez de invertir el riego en la fecundidad de la tierra, todo el caudal de sus aguas iria reunido en un solo cauce, y bien puede inferirse por una razon natural, que sus corrientes serian considerables si se fija la atencion en los numerosos raudales que bajan de Sierra Nevada y cerros inmediatos.

Es casi evidente que tanto un rio como otro serian caudalosos.

Como hecho tradicional puede sentarse que la habitacion de Luparia estaba, sobre poco mas ó menos, en el sitio que hoy conserva su corrompido nombre, de lo cual se deduce que existian dos poblaciones enlazadas entre sí, y que tanto un rio como el otro podian merecer la honra de tener el famoso puente que nos ocupa, sellado con toda la grandiosidad de las obras romanas.

San Torcuato y sus compañeros, conducidos por la servidumbre de Luparia, llegaron al pórtico sonoro de su palacio.

La agreste naturaleza coronaba aquellos monumentos, imaginando caprichosas pirámides, cornisamentos derruidos, mausoleos de una arquitectura estraña: terrenos deleznables labrados por las lluvias se asemejaban, y se asemejan en la actualidad á una ciudad fantástica, mientras que por medio de aquellas maravillas naturales se estendian bosques profundos que por desgracia han desaparecido bajo la segur del leñador, ó la antorcha incendiaria de las invasiones que se sucedieron.

Desde el átrio de la morada de Luparia percibíase el suave olor de esquisitos perfumes, que se quemaban en braserillos de bronce: reberberaban las lámparas de pórfiro y alabastro en los pulidos jaspes de las paredes y pavimentos, y se dejaba oir una música dulce al tiempo de llegar los deseados huéspedes.

Al pié de una escalera de brillantes mármoles esperaban una escogida reunion de jóvenes patricios, que se sobrecogieron de respeto tan luego como se presentaron los Santos. A su vista cayeron prosternados los esclavos, y los señores doblaron las cabezas.

Así permanecieran largo tiempo, si la caritativa voz del patrono de Guadix no les inspirára esa ciega confianza que lleva tras de sí la mas humilde y grande de las religiones.

Entonces se acercó aquella dichosa muchedumbre para deleitarse con la palabra y presencia de unos hombres tan poderosos en abatir y levantar el espíritu, y de este modo llegaron á la habitacion donde se encontraba la altiva Luparia.

La molicie asiática, el lujo romano y la belleza griega resplandecian tanto en los adornos cuanto en las personas. Allí estaba la senatriz deslumbradôra y magnificamente ataviada; allí se descubrian otras bellezas dignas de competir en hermosura con las vírgenes consagradas al culto de Diana.

Luparia, subyugada por un ardor desconocido, se inclinó como una tierna flor que arrulla el áura y refresca el rocío sorprendida por los fuegos del sol.

Aquella predestinada criatura que, escitada por la curiosidad y envanecida momentos antes por su belleza y preponderancia, calculaba abatir y humillar, se encontró fascinada por la virtud de una religion, cuyos primeros resplandores caian sobre aquella concurrencia como una benéfica lluvia.

Brillaban de júbilo los rostros de los soldados de Jesucristo, gozando con la gloriosa conquista que el cielo les proporcionaba.

Mensajeros de la fé, consoladores de la humanidad obcecada, discípulos de unos mártires sublimes, se espresaron con esa uncion pura y armoniosa del evangelio que agita y conmueve el alma de un modo invencible.....

¡Era la hora de Dios!..... se iba á verificar el primer prodigio convirtiendo aquellos corazones.

Luparia deseó depositar su inquietud en los poderosos mortales que tanto la habian conmovido con su lenguaje, con su mision, con sus esperanzas y con su fé.

Pidió ser bendecida..... todas las personas que contenia su palacio doblaron la rodilla, y San Torcuato estendiendo su gloriosa diestra, trazó sobre aquellas cabezas el signo augusto de la redencion.

GUMERSINDO GARCIA VARELA.

(*Se continuará.*)

(1) *Denominacion corrompida como procedente, segun se afirma, de Luparia.*

(2) *Hoy sirve de pajar.*

A la Señorita Doña Eugenia Marin del Castillo.

EL AMOR Y LA GLORIA.

¿Por qué anubla tu frente nacarada
un pensamiento de dolor impío,
y angustia tu purísima mirada
de honda tristeza el resplandor sombrío?

=o=

Bella cantora, vírgen de hermosura,
cándida flor del triste Manzanares;
¿por qué se eleva henchida de amargura
la melodiosa voz de tus cantares?

=o=

¿Quién ha turbado, dime, tu existencia
que se arrastraba dulce y misteriosa?
¿Quién disipó la grata sonnolencia
de tu tranquila primavera hermosa?

=o=

Ah! Ya tu pena á comprender acierto;
tu mística cancion la ha revelado.....
¡Tú eres la flor perdida en el desierto
que por gloria y amor ha suspirado!

=o=

¡Gloria y amor tu corazon ansía!.....
Triste vírgen, escúchame..... ¡no llores!
que el sueño de tu errante fantasía,
te muestra un porvenir lleno de flores.

=o=

Inspirada poetisa, tu cabeza
ceñirán los laureles de la gloria,
y el brillo de tu génio y tu belleza
rasgará de los siglos la memoria.

=o=

Si aun no has amado, porque acaso ansías
un alma cual la tuya, grande y pura.....
mal haces si del mundo desconfias,
pues digna un alma habrá de tu ternura.

MANUEL MARIA HAZAÑAS.

UN PASEO POR EL MAR.

(Véanse nuestros números 3, 4, 5, 6 y 7.)

VI.

Cuando desperté ya era de dia. Miré á mi derredor y no ví á la encantadora jóven cuyas desgracias habia oido en la noche pasada. Alarmado algun tanto, y temeroso del capitan Spandaw, me lancé hácia la parte esterior de la cámara, pero en breve quedé tranquilo al sentir una voz dulce y armoniosa que me llamaba.

Era Clotilde, la cual rezaba en el fondo hincada de rodillas. Respeté su recogimiento y dolor. Cuando hubo concluido

. —Dios os guarde, me dijo, tengo que comunicaros noticias bien tristes.

—Podeis hablar, contesté.

—La tempestad nos ha hecho pasar el estrecho sin poder tocar ningun punto de tierra.

—¡Qué decís!

—No es eso lo peor. El vómito negro se ha hecho mas contagioso en la tripulacion. Esta noche han muerto tres marineros ademas de mi pobre madre y del contra-maestre.

—¡Dios mio! esto es horroroso.

—Si lo es. Ahora es preciso que os entereis de la direccion que llevamos. Esta circunstancia puede decidir nuestro destino.

Subí á cubierta. Un mar verdoso, lleno de montañas de espuma, estenso, infinito, sin costas, fué lo primero que asombró mi vista. El viento soplaba del N. E. por ráfagas húmedas y silvadoras: todas las velas estaban desplegadas, y la ANPHITRITE hendia las aguas con la proa al occidente.

No satisfecho de mí mismo me acerqué al capitan.

—Caballero, le pregunté, ¿cuándo llegamos á España?

Spandaw me miró con una sonrisa burlona.

—A fé mia, me contestó, que entendeis poco de náutica. España ha quedado á popa.

—¿Os formalizais?

—Si quereis os mostraré el derrotero que seguimos.

—¿Luego estamos en el Océano?

—Si.

—¿Y no podemos volver?

—Imposible.

—¿Pues á dónde vamos?

—A América.

—Señor capitan, le dije lleno de coraje, en este instante vais á cambiar de direccion. Es menester que nos dejeis en España.

—¡Bah! ¿Estais loco? me contestó aquel hombre con su flema germánica. ¿Quién sois vos para exigir que varie de rumbo? Contentaos con seguir nuestro viage, ya que anoche tuve compasion de vuestros gritos y os recojí abordo de la ANPHITRITE. Ademas, aunque yo quisiera complaceros me es imposible. ¿Ignorais que este buque está infestado, y que nos señalarian un lazareto que me haria perder muchos dias?

Esta razon era incontestable. Incliné la cabeza abrumado por las funestas circunstancias que me arrastraban á rejiones apartadas, y solo pensé en el medio de librar á Clotilde de la pasion del capitan, á precaverme contra la epidemia y á buscar á mi amigo Pablo, á quien no habia visto la noche anterior.

Pero ¡ay! cuando lo encontré estaba atacado del vómito negro..... no habia remedio; aquel generoso amigo iba á lanzar su último suspiro.....

¡Aquella tarde murió!

Quedaba solo. Errante, hijo de la fatalidad, me

encontraba lanzado al acaso, espuesto á morir como él, ó perecer bajo el soplo de las tempestades. Solo la mirada de Dios podia escudarme contra tantos peligros.

Pasaron los dias: á medida que nos ibamos aproximando á las regiones tropicales la peste se desarrollaba con mas furor en la ya diezmada tripulacion de la ANPHITRITE.

Todos nos mirábamos con recelo y espanto. Clotilde de Heildeberg era la única que calmaba la inmensa melancolía de mi alma.

Lo que al principio habia sido amistad se convirtió en un amor puro, poderoso, inestinguible. Muchas noches, bajo las resplandecientes estrellas de la línea equinoccial, sentados en un sitio apartado de la cubierta, contemplábamos en silencio aquellas estensas llanuras del Océano, apenas rizadas por una brisa llena de emanaciones fuertes y fragantes. Reinaba en la fragata un silencio solemne..... pasábamos como un grupo de fantasmas en alas de los vientos, puesto que los marineros ni dejaban oir sus gritos cadenciosos, ni sus cantares estraños.

El hombre se acostumbra á todos los espectáculos. Yo veia morir incesantemente á un monton de tripulantes y pasageros, y solo pensaba en llegar á cualquier costa para salvar á Clotilde.

El capitan Spandaw me miraba de un modo feroz en aquellas noches de melancólica alegría; seguia nuestros pasos, lanzaba de cuando en cuando profundos quejidos de despecho, y aunque su calma era la misma, parecia que esperaba un acontecimiento desconocido para saciar su venganza ó su amor.

Llegó por último el desenlace de aquel siniestro drama.

Estaba una noche, como de costumbre, sentado al lado de Clotilde; la fragata estaba inmóvil; ni un soplo de la brisa agitaba las velas caidas pesadamente á lo largo de los mástiles. La luna, encendida con la caliginosa fosforescencia de la atmósfera, prestaba una lívida claridad á nuestra gigante embarcacion.

De pronto se nos presentó el capitan Spandaw. Aquella visita era precursora de una cosa terrible.

—Ha llegado el momento de que nos entendamos, dijo con una voz inalterable.

—¿De qué? le pregunté con acritud.

—Si teneis la bondad de oirme procederé á esplicarme.

Y sentándose encima de una pipa prosiguió.

—Señores, el último marinero de la tripulacion acaba de espirar: solo quedamos en el buque nosotros tres..... El vómito negro se lo ha llevado todo..... mañana será probable que acabe con nosotros. Aunque así no sea, la fragata no puede caminar por falta de tripulantes. Nos quedan que correr 200 millas por lo menos para llegar á alguna isla..... ya conocereis que todo esto es muy crítico.

Clotilde se abrazó á mi cintura dominada por el horror de aquel cuadro: yo me hize superior á él y contesté

—Y bien ¿qué quereis decir? ¿Que es necesario resignarse á la muerte?

—No es esto solo; no es de la muerte de lo que voy á hablar. Cuando salí de Trieste me fué encomendada la señorita Clotilde Heildeberg. Nosotros los hombres del mar tenemos una pasion invencible á la hermosura, y por esta razon me enamoré de esta jóven. Sufrí desprecios, esperé á que el tiempo ablandase su corazon, pero vos, caballero, os habeis puesto por medio, me habeis arrebatado un cariño que haria la felicidad de mi vida, y ved aquí el motivo que me precisa dirigiros la palabra. Yo quiero que Clotilde sea mia..... vos os opondreis á ello, y por consiguiente uno de los dos estamos de mas en este mundo..... Antes del vómito negro es necesario que abrevie nuestra existencia una onza de plomo.

Clotilde dió un grito y se tapó los oidos. Yo sentí que mi sangre se inflamaba y solo pensé en la venganza.

—¿Con que me proponeis un duelo? le pregunté.

—No. En la soledad de los mares se olvidan las leyes del honor..... Aquí no reina mas que la naturaleza. Colocado en una circunstancia escepcional, seria un tonto si os entregase un arma para que pudiérais matarme..... Yo soy el que pienso mataros, prosiguió sacando una pistola.

—¿Con que vais á asesinarme?

—No, no, gritó Clotilde arrojándose en mis brazos. Conozco ese corazon de tigre..... tomad, me dijo poniéndome en las manos otra pistola..... la conservaba en mi seno para librarme de sus pretensiones. Que ahora sirva para salvarnos ó para conducirnos al sepulcro.

Y se dirigió al alcázar de popa, dispuesta á arrojarse al mar si por desgracia sucumbia yo en aquella demanda.

Spandaw dió un rugido.

—¡Oh! eso es una traicion..... Preparaos.

Yo guardé un silencio lúgubre, amartillé el arma y la dirijí á la cabeza del capitan.

La boca negra de su pistola me apuntaba al corazon. Su mirada fria, su brazo seguro, su sonrisa glacial, todo anunciaba en él la certeza de la victoria.

De pronto brillaron dos fogonazos.....

Una ronca detonacion se estendió sobre la superficie del mar..... La pistola del capitan habia dado falta; la bala de la mia le habia entrado en el cráneo.

Spandaw dió un quejido, estendió los brazos y cayó muerto.....

—¡Gracias.... gracias Dios mio! esclamó Clotilde llorando de alegria y besando mis manos con sincero agradecimiento.

—Dios ha protegido tu honor, contesté estrechándola contra mi seno.....El nos salve de los peligros que nos amenazan.....

Quince dias estuvimos vagando por el inmenso Océano, solos, sin otra esperanza que la de una muerte mas ó menos próxima.

Al diez y seis, picó el viento del S. E. con alguna violencia.... De pronto descubrimos una vela á popa.... ¡Era un bergantin!

Me dirigí á los cañones de la fragata y los disparé por intérvalos..... A esta señal de socorro debimos nuestra salvacion.

A las tres de la tarde el buque que habiamos visto nos dió caza y nos recojió á su bordo.

Era un bergantin anglo-americano.

De este modo llegamos á América: Clotilde reclamó la herencia que la habia obligado á abandonar la Europa, y yo no teniendo otra cosa que ofrecer á esta hermosa criatura sino un corazon noble y un amor puro, le entregué mi mano como una muestra de amistad eterna, de un cariño inestinguible.....

.....

Esta narracion se la oí contar á un jóven caballero en una de esas noches de verano y á bordo de un navio mercante, en una de mis escursiones marítimas.

El caballero se llamaba Don Jacinto Arellano, era el dueño de aquel hermoso buque, y volvia al lado de su dichosa esposa establecida en Montevideo.

¡De qué pequeñas circunstancias estriba en la vida la desgracia ó la felicidad!

TORCUATO TARRAGO.

FIN.

SUPLEMENTO

al segundo canto de un poema.

(*Véanse nuestros números* 1.° *y* 5.)

Hoy soy feliz, y no quiero
ni pensar en la poesía;
¡diosa fatal, que venero
cuando sufre el alma mia,
cuando de tédio me muero!

=o=

Pues me pasa lo que Ovidio;
que me inspiro en el fastidio;
mas cuando me hallo contento,
se forma mi pensamiento
con mi cabeza un presidio.

=o=

No volar es su porfia;
y hace bien: que si volára
por océanos de poesía.....
con su bárbara alegría,
lectores, os asustára.

=o=

Si, sabedlo; la ventura
siempre hace al hombre cruel:
la risa es una tristura,
y el placer una amargura,
y el goce un vaso de hiel.

=o=

Yo concibo la alegría
como una insensata orgía
del airado pensamiento;
como un rugido violento
que lanza la mar sombría.

=o=

Se desatan las pasiones;
y en la horrenda bacanal
de cien locas convulsiones,
nos dice á la oreja el Mal:
—«¡Vengad vuestras aflicciones!»

=o=

¡Qué buenos somos sufriendo!.....
¡qué grandes somos sintiendo,
y qué dichosos llorando!.....
pero; caramba! estoy viendo
que me voy entusiasmando.

=o=

¿A dónde fuera á parar?
¿qué diablos quiero probar?—
Detente, lógica necia,
clarísimo luminar,
que el hombre tanto desprecia!

=o=

Detente, filosofía
de triste semblante enjuto,
de mirada torba y fria,
tú, que vestida de luto
te llamas *misantropia*:

=o=

Detente, y no me sugieras
pensamientos tan estraños,
tan descarriadas quimeras;
porque de todas maneras
aun no tengo veinte años.

=o=

Y dice el público frio,
que son fingidas mis penas;
y que un pecho como el mio
no puede hallarse vacio,
¡cuando se ha llenado apenas!!

=o=

Pues si, señor: mi argumento
llegó á una crísis brillante:
prepárase el rompimiento;
y en tan angustioso instante
tiro la pluma y me siento.

=o=

(Ya oigo que me preguntais:
«Señor; ¿escribís de pié?
—No tal; os equivocais:
tumbado escribo; por que
soy mas holgazan que *Lais*.

=o=

Y ved lo que un consonante
puede hacer con un poeta:
me estoy volviendo pedante;
solo por que hace un instante
formé en *ais* una quinteta.)

=o=

Ah! Mi cabeza está loca!
Ni ya sé lo que medigo,
ni lo que callar me toca.....
sin pensar hablando sigo;
pero solo con la boca.

=o=

¡Al órden, cabeza!!—Vamos:
respiro..... ya estoy mas cuerdo:
señores; ¿donde quedamos?

ah! si....ya! ¡bien!; pues pongamos
nuestros negocios de acuerdo.

=o=

Ya veis que estoy furibundo
de un placer sin ejemplar;
y pésele á todo el mundo,
el mundo se vá á quedar
sin leer mi canto segundo.

=o=

Yo.... francamente.... lo siento;
mas no hay réplica que valga;
y en vez del canto, es mi intento
daros hoy por suplemento
lo que de mi pluma salga.

=o=

Y mañana ú otro dia,
cuando esté de mal humor,
que no tardará á fé mia,
proseguiremos, lector,
nuestra empeñada porfia.

=o=

Y aquel argumento fiero,
cuyos horrores pensé,
durante el canto primero,
íntegro lo guardaré
para mi canto tercero.

=o=

Y en tanto, con tu permiso,
para que nunca te pienses
que á un abuso te preciso,
espero que me dispenses
te enarre un cuento conciso.

=o=

Sobre la *Auracana*, un dia
dijo un crítico profundo, (1)
que era su canto segundo
lo mejor que leido habia,
y el resto lo peor del mundo.

=o=

Yo, al verme de genio falto,
y por obviar cualquier crítica,
doy, sonriyéndome, un salto;
y asi.... ¡con mucha política!
paso ese canto por alto:

=o=

Pues, por la inversa, pudiera
sucederme á mi otro tanto
que á Ercilla; de tal manera
que el poema hermoso fuera,
y odioso el segundo canto.

=o=

Por todo lo cual, ¡oh amigo!
te has engañado, creyendo
hoy divertirte conmigo;
pues yo, lector, que te entiendo,
me he divertido contigo.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

(CONCLUIRÁ.)

(1) *Voltaire.*

D. ANTONIO PABLO HONRUBIA.

Biografia.

I.

Véase aquí un nombre desconocido, ó mejor dicho olvidado. Véase aquí un nombre sin fama, sin gloria, sin porvenir; leve arista que el viento mundanal arrastra en su torvellino, y que concluirá por desaparecer sin que nadie lo sepa, sin que se coloque una flor sobre su tumba, sin que se pulse la lira sobre su féretro, sin que la inspiracion del vate resbale tierna y melancólica sobre sus restos inanimados.

La inmortalidad del génio es el soplo grandioso de las artes que revolotea sobre todos los siglos y el que á cada cual graba un sello especial. Ora á la luz de la civilizacion, ora en las tinieblas de la edad de hierro, sigue su marcha hácia los supremos horizontes de la inteligencia, y cada vez mas gigante no sabemos si llegará con su frente al cielo, ó se confundirá como la raza de Nemrod en una nueva Babel.

Desde que se escapó el primer sonido del yunque de Tubal, se conoció que existia una cosa inefable, dulce, blanda, que ya los primitivos hombres debieron oir en la agitacion del viento, en el susurro del torrente, en el murmurio ya lánguido, ya furioso del mar, en el seno profundo de los bosques de la creacion, en el gorjeo de las aves y en el estallido de la borrasca..... ¡Era la música! ¡Era esa hija de Dios que descendia á la tierra para llenarla de armonía; era ese diluvio de notas que mas tarde combinadas por el arte hasta lo infinito, debian recorrer todas las fibras de la naturaleza, espresar todos los sentimientos, todas las pasiones, é imitar ya el cántico de los moradores del empíreo, ya la desesperacion de las sombras del aberno!

Así nació el primer aliento musical que el hombre pudo recojer á impulso de los esfuerzos de su génio.

Ved á Homero cantando sus versos, precioso maridaje que el espíritu risueño de la Grecia habia inmortalizado en la lira de Orfeo. Escuchad los coros de Sophodes, Eschilo, Eurípides, y admirad á un pueblo corriendo al espectáculo. Volved los ojos hácia aquellos héroes que entonaban el *Pean* antes de hacer el sacrificio de su sangre; mirarlos cantando himnos á la gloria, á la juventud, á la naturaleza, á la divinidad. ¿Qué era esto sino las primeras aspiraciones de ese arte magnífico, á cuyo compás saltaban las doncellas de Sion delante del arca, y cayeron las murallas de Jericó? ¿Qué nuevo idioma era este que arrastró á Neron á cantar trozos de la Iliada, mientras las llamas devoraban á Roma?

Ya lo hemos dicho, ¡era la música!

Vedla, pues, corriendo en álas del tiempo. Al principio vaga sin método entre los sacerdotes gentílicos y los coros de las vestales, entonando versículos á la vírgen del silencio, á la reina de la noche, á esa casta Febea envuelta entre celages de

plata. Oidla entre las saturnales de Roma y al través de tan gigantesca orgía: colocaos en las orillas del mar y escucharéis una sencilla balada de la esposa del pescador.

Luego despues vienen los bárbaros: ya no se canta sino se grita. Se pierde entre la oscuridad de la edad media el tono fugitivo de la inspiracion; los monjes se ocupan de las guerras en vez de cantar en el coro, y el sublime arte parece haber muerto para siempre.

Pero nace Guido el Aretino; este recoje aquellos aires melodiosos, los reune, combina los acentos, regula los tonos y de este estudio nace la *solfa*. ¡La clave de la música! ¡La piedra filosofal de la armonía.

Desde entonces los hombres se apoderan de este descubrimiento, y ya á la trepidacion del aire, ya al roze de las cuerdas, ya á la voz humana se le arrancan todos sus ricos misterios. Vemos nacer el método, las escuelas, los gustos y hasta cierta filosofia en que están empapadas las combinaciones musicales.

Del canto sencillo se pasa á las sutilezas del contrapunto; del aire nacional, se avanza á los conciertos; de estos á las melodías sagradas; de aquí á la ópera.

Asi, pues, vemos empujarse al aleman Glubk y á Picini, representantes de las dos escuelas principales de la armonía; vemos á Rossini, á Hoendel y Beethowen, parodiando todos los trastornos de la naturaleza por medio de admirables *crescendos*; ya adoptando esos vigorosos contrastes entre el silencio y el ruido, ya buscando la repercusion del eco para producir una lluvia de notas fugitivas y brillantes.

Acerquémonos mas á nuestros tiempos. Ved la pálida sombra del malogrado Bellini. ¿Quereis llorar? Ella os hará derramar abundantes lágrimas. Bellini ha hecho estallar todos los acentos del sentimiento; él ha quebrado sus notas en sus grandiosos *tuttis*, cayendo despedazadas entre un ruido doloroso y desesperado. Donnizeti, el infortunado loco, ha tomado los colores de la antigua escuela, amalgamándola con la nueva; nadie como él para esos aires interpretadores, para esos rondós magníficos que aturden el alma con quejidos, ya de amor ó de infortunio, ya de furor ó frenesí.

Pero esto no es bastante. Es menester que el arte rompa sus antiguos diques, que la voz humana se eleve á una altura prodigiosa, que los pechos sean de bronce. Verdí es quien dá esta increible estension á la música. Verdí es en sus fantásticas combinaciones lo que es Víctor Hugo para la diccion. El primero salta todas las reglas; el segundo rompe todas las trabas del lenguage. Le atacan por que aturde, pero le aplauden en medio de sus delirios armónicos, de sus alegros valientes y brillantes, de sus creaciones gigantescas y apasionadas....

Hijo de esta música, engendro de esta historia, intérprete como todos esos maestros del divino arte de Orfeo, tal es el hombre á quien pertenece esta biografía. Por él hemos hecho una reseña del arte en que sobresale, y ahora pasamos á dar algunos detalles de su vida.

II.

Don Antonio Pablo Honrubia, nacido en Ubeda, rica ciudad del reino de Jaen, de honrada é ilustre familia, fué educado en el convento de los Agustinos de Cádiz. Siguiendo el carácter del último tercio del siglo pasado, no encontraron sus padres otro medio sino sepultarlo en una de esas mansiones donde la juventud concluia su carrera, adornándose con la cogulla del monge, y de aquí resultó que la imaginacion de Honrubia se ensanchase con las grandiosas ceremonias de nuestra religion, ya sintiendo estallar sobre su cabeza las mil voces del órgano, ya estasiándose con los acentos cadenciosos de los frailes.

Como quiera que en aquella época, el mencionado convento de Agustinos era célebre por los escelentes músicos con que contaba, Honrubia principió á crearse un gusto que mas tarde debia formar un rico catálogo de composiciones, dignas de ser admiradas, no solamente en España sino en Europa.

Era consiguiente que su alma se engrandeciese bajo la impresion de aquella armonía severa, cuyas notas fugitivas iban á espirar entre columnas de incienso sobre los botareles del templo. Era preciso que resplandeciese en su frente la primera llamarada de la música cuando escuchaba absorto y trémulo los himnos sagrados de Haydn y el Pergoleso, puesto que la abrazó con entusiasmo, la estudió con delirio y la comprendió prematuramente.

Era entonces el tiempo en que el contrapunto presentaba un rico y brillante tesoro que esplotar. Por él no solo se cantaba sino se discutia. Era uno de los problemas filosóficos de la música; el precursor de la gran revolucion del arte; la salida del sol despues del crepúsculo.

Vagando Honrubia en la soledad del cláustro, reconcentró en su mente el soplo místico de la filosofia cristiana y los acordes profundos de la filosofia de la música. ¡Mezcla engendrada por el aliento de la oracion, y que mas tarde debia producir en los arranques de su alma aquellas combinaciones de notas que inmortalizaron á otros génios!

Discípulo del famoso contrapuntista Don Dionisio Rodriguez Lloveras, educado en el gusto del Pergoleso, Fiomelli, Chimarosa, y acabado de perfeccionar por el maestro italiano Flora, se creó un género que, sin pertenecer á lo profano, tenia toda la brillantez italiana, unida á la fantástica dulzura de los maestros alemanes; pero cuando su pensamiento principiaba á estenderse en álas de la inspiracion; cuando sus primeros *Misereres* y *Te-Deum*, admirados por los inteligentes, resonaron en el convento de San Agustin, y de allí pasaron á llenar de sorpresa á los canónigos de la catedral de Sevilla, sobrevino la guerra de la independencia, ese inmortal poema de nuestras glorias, y Honrubia dejó de tocar la lira para empuñar el fusil.

III.

Concluida la lucha volvió á invocar á la divina Euterpe.

Fuera ya de la celda donde habia recibido sus primeras impresiones, se vió frente á frente con su destino. Honrubia tenia fé y entusiasmo en el arte que poseia; soñaba con aquellas notas ardientes que revoloteaban en su cabeza como chispas armoniosas;

veia el horizonte de su porvenir rebosando de gloria..... ¿Que era esto?

La primera ilusion, un torrente de luz ocultando esa nube fatal que envuelve nuestra existencia y que se llama desengaño; era el delirio del alma agitada por una inspiracion vírgen; era el primer paso de la vida tras el cual se halla el desvanecimiento de tan hermosos sueños.

Todos los que habeis amado esas divinidades que se llaman artes; los que habeis corrido tras las sombras de Tirso de Molina, Calderon y Moreto; los que habeis alargado la mano para pulsar tímidamente el arpa de Homero, Virgilio y Osian; los que habeis cantado como Safo y manejado el pincel de Rafael; poetas, músicos, pintores, ¿quien de vosotros no ha luchado con esa esperanza engañadora, en el porvenir y en la gloria, hija de la embriaguez de vuestra imaginacion? ¿Con esa influencia envidiosa de otros hombres, ó mejor dicho, con esa ley de la sociedad, que al dar el primer paso en vuestra carrera os empuja para que tropezeis con inmensos inconvenientes que agotan vuestras fuerzas é ilusiones?

Esto fué lo que aconteció á Honrubia. Chocó con desengaños y enemigos, y hubiera pasado á Italia, invitado por un personage de este pais, á no sugetarle en España deberes sagrados.

Honrubia se lanzó con avidez á la escasa senda que tenia abierta para alcanzar el porvenir que soñara en tiempos mas bonancibles. Las Catedrales españolas, pingüemente dotadas, tendian su mano á los músicos, y los llamaban por edictos para que desplegasen su inteligencia bajo las magestuosas bóvedas del santuario. En ellas es donde se ha distinguido como uno de nuestros principales maestros, y muchos pueblos, y aun la misma corte de España, conservan brillantes recuerdos de su talento musical.

Véase aquí la página de sus triunfos artísticos.

Primeramente fué elegido para el magisterio de las Canarias, y renunció. Hizo oposicion á la Capilla de la Colegiata de Antequera y á las plazas de primer organista de la de Ubeda y Catedral de Jaen, en las que brilló estraordinariamente. Deseando encontrar competidores dignos de su talento, vino á Madrid á oponerse al magisterio de la Real Capilla, teniendo por contrarios á Carnicer, Eslava, Andrevil, y acaso, acaso hubiera triunfado si la justicia en estos actos fuera estrictamente severa. Ademas, este es el resultado que debia esperarse, puesto que todo lo que se consigue en Madrid es á fuerza de relaciones, y el pobre músico solo contaba con su génio.

No habiendo logrado su intento se retiró á la Catedral de Guadix, de cuya Capilla era maestro.

Sus obras son bien conocidas. Algun tiempo despues de muerto Fernando VII cantóse en la Capilla Real una magnífica misa, por la cual mereció que la reina Doña Maria Cristina lo llamase á su Real cámara y lo recibiese de un modo altamente lisongero. Varios himnos cantados en honor de S. M. Doña Isabel II; un *Estabat Mater* que consiguió los elogios de la prensa, y fué ejecutado en el convento de las monjas de la Encarnacion, por las alumnas del Conservatorio de música, entre las que sobresalieron las señoritas Anglés y Lama, é infinidad de otras obras religiosas de relevante mérito, forman el catálogo de sus composiciones.

Tambien ha compuesto una ópera titulada el *Tirano de Francia.*

Tal es el hombre por quien escribimos estos mal trazados renglones.

Despues de tantas pruebas, de tantos triunfos, de tantos esfuerzos, Don Antonio Pablo Honrubia toca al estremo de su vida sin que nadie recuerde que es uno de nuestros mas sobresalientes compositores. Nosotros, guiados por un sentimiento de patriotismo, de amor hácia el génio infortunado, queremos dejar escrito algun reflejo de su existencia, para que mañana pueda apreciarse su memoria. Escondido en la santa sombra de la catedral de Guadix, aun todavia la llena de improvisaciones magníficas, pero estas improvisaciones se pierden como el canto de la golondrina al venir la primavera, ó cual las caprichosas armonías del ruiseñor en la soledad del bosque.

Honrubia es en la actualidad el retrato del célebre Gottieb, esceptuando la pierna de tirabuzon, que de este nos ha descrito un distinguido escritor moderno. Aun todavia queda en sus ojos la llama del entusiasmo, en su mente la luz de la inspiracion. Sus manos acostumbradas al teclado pasan sobre él sin que la cabeza tome parte en aquella improvisacion estraña.—Preguntadle que es lo que ha tocado y no sabrá contestaros. Sacerdote del arte admira sus adelantos: como viejo reverencia lo antiguo, pero aplaude lo nuevo. Sentado en el banquillo del órgano espera y no sabe qué. Este es el privilegio del artista; *el sueño, la ilusion.*

El nuestro es el haber tenido la satisfaccion de escribir algo de su talento, algo de su vida y cercar con las marchitas flores de nuestro pensamiento, sus sienes rodeadas por una aureola del génio de la música.

TORCUATO TARRAGO.

SOLUCION á la charada publicada en el número anterior.

ALFARERO.

8.ª CHARADA.

Tres sílabas contiene mi charada,
y las tres las modula un instrumento
musical, tan armónico y sublime,
que con sus ayes diviniza el viento.
La esencia de mi prima está en ser grupo;
la de mi tercia encuéntrase en lo mesmo,
y mi segunda, por su albergue y forma,
mas que á otra cosa se parece á un beso.
Si has salido á viajar por esos mundos,
lector, tú y yo hemos sido sin remedio
lo que mi todo significa.... y ¡oye!:
No seas ortográfico severo;
pues mi bocablo tiene un defectillo,
no para hablarlo, sí para leerlo.

CADIZ: 1852.=Imprenta de D. Francisco Pantoja, calle del Laurel, número 129.

veia el horizonte de su porvenir rebosando de gloria..... ¿Que era esto?

La primera ilusion, un torrente de luz ocultando esa nube fatal que envuelve nuestra existencia y que se llama desengaño; era el delirio del alma agitada por una inspiracion vírgen; era el primer paso de la vida tras el cual se halla el desvanecimiento de tan hermosos sueños.

Todos los que habeis amado esas divinidades que se llaman artes; los que habeis corrido tras las sombras de Tirso de Molina, Calderon y Moreto; los que habeis alargado la mano para pulsar tímidamente el arpa de Homero, Virgilio y Osian; los que habeis cantado como Safo y manejado el pincel de Rafael; poetas, músicos, pintores, ¿quien de vosotros no ha luchado con esa esperanza engañadora, en el porvenir y en la gloria, hija de la embriaguez de vuestra imaginacion? ¿Con esa influencia envidiosa de otros hombres, ó mejor dicho, con esa ley de la sociedad, que al dar el primer paso en vuestra carrera os empuja para que tropezeis con inmensos inconvenientes que agotan vuestras fuerzas é ilusiones?

Esto fué lo que aconteció á Honrubia. Chocó con desengaños y enemigos, y hubiera pasado á Italia, invitado por un personage de este pais, á no sugetarle en España deberes sagrados.

Honrubia se lanzó con avidez á la escasa senda que tenia abierta para alcanzar el porvenir que soñara en tiempos mas bonancibles. Las Catedrales españolas, pingüemente dotadas, tendian su mano á los músicos, y los llamaban por edictos para que desplegasen su inteligencia bajo las magestuosas bóvedas del santuario. En ellas es donde se ha distinguido como uno de nuestros principales maestros, y muchos pueblos, y aun la misma corte de España, conservan brillantes recuerdos de su talento musical.

Véase aquí la página de sus triunfos artísticos.

Primeramente fué elegido para el magisterio de las Canarias, y renunció. Hizo oposicion á la Capilla de la Colegiata de Antequera y á las plazas de primer organista de la de Ubeda y Catedral de Jaen, en las que brilló estraordinariamente. Deseando encontrar competidores dignos de su talento, vino á Madrid á oponerse al magisterio de la Real Capilla, teniendo por contrarios á Carnicer, Eslava, Andrevil, y acaso, acaso hubiera triunfado si la justicia en estos actos fuera estrictamente severa. Ademas, este es el resultado que debia esperarse, puesto que todo lo que se consigue en Madrid es á fuerza de relaciones, y el pobre músico solo contaba con su génio.

No habiendo logrado su intento se retiró á la Catedral de Guadix, de cuya Capilla era maestro.

Sus obras son bien conocidas. Algun tiempo despues de muerto Fernando VII cantóse en la Capilla Real una magnífica misa, por la cual mereció que la reina Doña Maria Cristina lo llamase á su Real cámara y lo recibiese de un modo altamente lisongero. Varios himnos cantados en honor de S. M. Doña Isabel II; un *Estabat Mater* que consiguió los elogios de la prensa, y fué ejecutado en el convento de las monjas de la Encarnacion, por las alumnas del Conservatorio de música, entre las que sobresalieron las señoritas Anglés y Lama, é infinidad de otras obras religiosas de relevante mérito, forman el catálogo de sus composiciones.

Tambien ha compuesto una ópera titulada el *Tirano de Francia.*

Tal es el hombre por quien escribimos estos mal trazados renglones.

Despues de tantas pruebas, de tantos triunfos, de tantos esfuerzos, Don Antonio Pablo Honrubia toca al estremo de su vida sin que nadie recuerde que es uno de nuestros mas sobresalientes compositores. Nosotros, guiados por un sentimiento de patriotismo, de amor hácia el génio infortunado, queremos dejar escrito algun reflejo de su existencia, para que mañana pueda apreciarse su memoria. Escondido en la santa sombra de la catedral de Guadix, aun todavia la llena de improvisaciones magníficas, pero estas improvisaciones se pierden como el canto de la golondrina al venir la primavera, ó cual las caprichosas armonías del ruiseñor en la soledad del bosque.

Honrubia es en la actualidad el retrato del célebre Gottieb, esceptuando la pierna de tirabuzon, que de este nos ha descrito un distinguido escritor moderno. Aun todavia queda en sus ojos la llama del entusiasmo, en su mente la luz de la inspiracion. Sus manos acostumbradas al teclado pasan sobre él sin que la cabeza tome parte en aquella improvisacion estraña.—Preguntadle que es lo que ha tocado y no sabrá contestaros. Sacerdote del arte admira sus adelantos: como viejo reverencia lo antiguo, pero aplaude lo nuevo. Sentado en el banquillo del órgano espera y no sabe qué. Este es el privilegio del artista; *el sueño, la ilusion.*

El nuestro es el haber tenido la satisfaccion de escribir algo de su talento, algo de su vida y cercar con las marchitas flores de nuestro pensamiento, sus sienes rodeadas por una aureola del génio de la música.

TORCUATO TARRAGO.

SOLUCION á la charada publicada en el número anterior.

ALFARERO.

8.ª CHARADA.

Tres sílabas contiene mi charada,
y las tres las modula un instrumento
musical, tan armónico y sublime,
que con sus ayes diviniza el viento.
La esencia de mi prima está en ser grupo;
la de mi tercia encuéntrase en lo mesmo,
y mi segunda, por su albergue y forma,
mas que á otra cosa se parece á un beso.
Si has salido á viajar por esos mundos,
lector, tú y yo hemos sido sin remedio
lo que mi todo significa.... y ¡oye!:
No seas ortográfico severo;
pues mi bocablo tiene un defectillo,
no para hablarlo, sí para leerlo.

CADIZ: 1852.=Imprenta de D. Francisco Pantoja, calle del Laurel, número 129.